

LEYENDO RELATOS DE MICHELE MARI.

El escritor italiano Michele Mari nació en Milán en 1955 y es profesor de Literatura italiana en la Università Statale de la misma ciudad. En el ámbito académico, ha publicado numerosos ensayos sobre la traducción literaria, recogidos parcialmente en el volumen *Momenti della traduzione fra Settecento e Ottocento* (1994) y también ha dedicado su atención a la literatura fantástica de entre los siglos XVII a XIX. Como narrador componen su carrera un buen número de títulos que ahora enumeramos rápidamente para noticia del bibliógrafo: *Di bestia in bestia* (Longanesi 1989), *Io venia pien d'angoscia a rimirarti* (Longanesi 1990-Marsilio 1998), *La stiva e l'abisso* (Bompiani 1992), *Euridice aveva un cane* (Bompiani 1993), *Filologia dell'anfibio* (Bompiani 1995), *Tu, sanguinosa infanzia* (Mondadori 1997-Oscar Mondadori 1999, Einaudi 2009), *Rondini sul filo* (Mondadori 1999) y el cómic *I sepolcri illustrati* (2000). La obra *Tutto il ferro della torre Eiffel* (Einaudi 2002), fue galardonada con el prestigioso Premio Bagutta en 2002 y es hasta ahora la única novela de Mari traducida en español, con el título *Todo el hierro de la torre Eiffel* (Tr. Maria Jesús Fenero, Seix Barral 2005). Entre sus últimas obras destacan *Verderame* (Einaudi 2002-2007), *Cento poesie d'amore a Ladyhawke* (2007) y un volumen en colaboración con Velasco Vitali titulado *Milano fantasma* (2008).

En un encuentro sobre traducción literaria organizado en la Universidad de Urbino, ante un público que esperaba el acostumbrado discurso académico, Michele Mari escogió un cuento de los once que componen *Tu, sanguinosa infanzia*, el titulado *La freccia nera* (*La flecha negra*) y se

puso a leer, indicando brevemente que se trataba de una historia sobre cómo de niño había descubierto la palabra traducción. Sin embargo, aquella pretensión en apariencia humilde, indagaba escrupulosamente el meollo de uno de los aspectos más técnicos y complejos de la traductología: el de medir la distancia entre las distintas versiones, o en otras palabras, descubrir que toda traducción es en realidad una rescritura. La primera clave de la lectura alcanzaba en apenas diez páginas la erudición más sofisticada, pues el pequeño lector de Stevenson, protagonista del relato, inducido por el regalo paterno pasa de ser un novato que afronta su primera novela, a ser crítico experto y a comparar las dos ediciones de *La flecha negra* para reconstruir las interpretaciones de ambos traductores.

No siempre se tiene la suerte de iniciar la lectura de un autor a través de su voz, pero creo que fue el mejor modo de abordar la obra de Mari y tal como su relato deslumbró a nuestro auditorio en Urbino, también el lector en español quedará imantado por aquel mismo texto, que de igual modo transmite la voz de un escritor que se ha convertido en un valor reconocido dentro de la literatura italiana contemporánea de los últimos años. Los jóvenes traductores que han trabajado con *La flecha negra* han comentado de pasada algunos rasgos del estilo literario de Mari, como el uso de un lenguaje pulido, es decir, cincelado y sopesado con el rigor de un filólogo y la tensión de un impenitente lector de novelas de aventuras. O el tratamiento de temas personales, estrechamente ligados con la realidad del autor, como las parti-

culares relaciones entre el niño y su padre o su abuelo, y la introspección en la íntima memoria del escritor. Ambos trazos pueden caracterizar bien los relatos de Mari.

Tu, sanguinosa infanza propone el careo con la primera parte de la experiencia personal del autor desde la perspectiva del enfrentamiento de un adulto con el ser que ha dejado de existir, ese niño del que aún conserva los mecanismos y resortes que hoy lo mueven. Revive en cada texto una emoción exaltada al superar las primeras pruebas sociales, pero a la vez un dolor angustioso y punzante por las pérdidas y ofensas sufridas durante aquel tiempo en apariencia interminable, a lo largo del cual los acontecimientos bruscos e irreversibles propios del crecimiento se desarrollan plenos de matices. En efecto, el adjetivo sanguinosa remite sin ambages a la crueldad de la infancia y a la consternación que produce al narrador iluminar los rincones oscuros de la memoria desde la perspectiva de un joven impresionable y retraído. La búsqueda de sensaciones perdidas aspira a ser completa, pues privada de la idealización tópica de la infancia feliz, se ve forzada a reconocer las heridas abiertas a cada paso, junto a la inevitable melancolía por la edad juvenil dejada atrás.

Cada relato está dedicado a una porción del tiempo de juego del pequeño narrador, como si se propusiera una bisección que prueba a analizar todas las incomprendiones de aquella época, agrandadas sin duda por la soledad ante una extensión temporal infinita: las tardes de lectura, las tardes en los jardines, las tardes componiendo rompecabezas de cuatro mil piezas o los eternos veranos en el campo y las colecciones de objetos y juguetes tesoro. Además de *La flecha negra*, otros tres cuentos están dedicados a la entrega a la lectura. Entre ellos destaca por su belleza e intensidad el titulado *Otto scrittori*, donde el protagonista se embarca con ocho escritores de aventuras convertidos en uno solo: Conrad, Defoe, London, Melville, Poe, Salgari, Stevenson y Verne. Este inmenso escritor a ocho voces es a la vez héroe, hermano, amigo, padre... un eco en la conciencia del pequeño narrador

que resuena con la fuerza de los mares, los piratas, los animales salvajes y las tormentas. Pero ocurre que a lo largo del viaje la imaginación cada vez se hace más exigente, a la par que Mari se hace más riguroso, y las frases de Conrad o Defoe empiezan a distinguirse entre sí; los lugares imaginados empiezan a descubrir algunas imperfecciones, Salgari no escribe como London, ni Verne como Poe, y poco a poco el protagonista tiene que renunciar a una parte de la voz literaria, debe distinguir paisajes y personajes, abandonando la gran hermandad de estilos que tanto excitaba su fantasía. Es admirable el ritmo del relato, la respiración contenida y la sensibilidad a flor de piel ante cada descubrimiento y cada despedida, después el padecimiento por tener que llegar hasta el final, por atravesar los aspectos más superficiales del recuerdo y apreciar incluso el disgusto, la náusea, con tal de agotar escrupulosamente los caminos del viaje literario. Así Michele Mari descubre que la infancia es sangrienta, porque siempre se está saliendo de ella, y a medida que se adquieren competencias de adulto, se deja en el camino esa ingenuidad entusiasta, confiada, que solo se conoce cuando se ha perdido.

Se podría pensar que la obsesión maniática de Mari por penetrar hasta el fondo de las situaciones y las sensaciones, sobre todo cuando se trata de textos sobre lecturas, además del gusto por un estilo austero, por el rigor filológico mencionado, lo convierten en un escritor técnico o demasiado erudito. Sin embargo, su intelectualismo imaginativo, aún a riesgo de ser pedante por lo escrupuloso, permanece siempre íntimo y casi contra su voluntad, se impregna del pathos personal. El lector puede tocar entonces el deseo de muerte como perfección en el cuento *Mi hanno sparato e sono morto*, las señales negruzcas en las rodillas de los rivales de juegos en *L'orrore dei giardinetti*, o el gozo por compartir la composición de un puzzle con la madre y las evoluciones de la imaginación con una combinación de análisis y enajenación en *Certi verdini*. Incluso

cuando se presentan referencias literarias y culturales, por ejemplo los comics coleccionables de *Urania* o los fragmentos de *Sandokan*, la familiaridad absoluta con ellas demuestra una profundidad de interpretaciones debida a la experiencia y la reflexión recurrente sobre estos contenidos. Así en *Canzoni di guerra* la escenificación de una de las más famosas canciones del cuerpo militar de los Alpinos ("*El testamento del capitán*") propone en realidad un completo análisis filológico, donde se distingue en un esquema detallado incluso la clasificación de los sustantivos

abstractos y concretos, además de un denso comentario sobre el alcance de cada verso; no obstante, la canción resuena para el lector a través de la férvida sugestión del protagonista y el racionalismo expositivo se transforma por acumulación en una personalísima visión de una parte de la historia italiana, la del noble heroísmo de los Alpinos en la guerra contra Austria, más allá del patriotismo o el deber militar.

BELÉN HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Universidad de Murcia